

RESEÑAS DE LIBROS BOOKS REVIEWS

DOI: 10.15581/008.42.1.388

Arellano-Torres, Ignacio D.

Realismo, fantasía y alegoría: viaje y espacio en la literatura del Siglo de Oro. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt: Vervuert, 2025. 202 pp. (ISBN: 978-8491924845)

Ignacio D. Arellano-Torres presenta dos premisas en la introducción de su libro. La primera es que viajar es una experiencia universal: todos lo hacemos, todos viajamos de alguna manera (más lejos o más cerca, durante más o menos tiempo). La segunda, que toda lectura es un viaje: leer equivale a desplazarse por mundos desconocidos, y al hacerlo aprendemos, imaginamos, creamos. Al igual que un viaje físico nos expone a nuevos paisajes, olores y sensaciones, la lectura activa en nosotros experiencias similares sin necesidad de movernos del sillón. La analogía entre escritura y viaje es inmediata: hay una partida, un trayecto,

un destino, una transformación. De todas formas, nadie viaja más rápido que el tiempo, de ahí que el pasado se contemple como maestro, guía hacia un futuro incierto. El autor dedica este volumen a estudiar el tema del viaje en la literatura áurea, y cómo este motivo resulta indispensable tanto en su dimensión formal como en su función poético-simbólica.

La pregunta que articula la investigación es: ¿qué representaciones del viaje encontramos en la literatura del Siglo de Oro y qué valor tienen? Para responder, el autor recurre a un corpus definido y coherente: la novela picaresca, la novela bizantina de aventuras y la novela alegórica. Por un lado, la picaresca inaugura una especie de realismo social; por otro, la novela bizantina prolonga tradiciones clásicas y renacentistas a la vez que ensaya un lenguaje barroco; finalmente, la novela alegórica condensa las inquietudes

tudes filosóficas y morales de la época. Estas formas, elegidas por su relevancia cultural y literaria en los siglos xvi y xvii, dialogan con las nociones de linealidad (la forma en que se desarrolla la historia) y circularidad (en la narración el punto de partida a menudo coincide con el de destino), desviándose en mayor o menor grado del modelo clásico del héroe. El análisis que hace Arellano-Torres se adentra en los valores simbólicos, pedagógicos y alegóricos del desplazamiento, siempre en relación con el contexto histórico y literario.

El primero de los cuatro capítulos va dedicado al *Lazarillo de Tormes* (1554) y sus continuaciones. El autor subraya la tensión entre el carácter fingido de la autobiografía y el realismo social de los desplazamientos narrados, y examina los desplazamientos de los pícaros desde una perspectiva ecléctica, integrando enfoques referencialistas (aquellos que fijan su atención en los contenidos, y cómo la aparición del género se enmarca dentro del contexto socio-histórico) y formalistas o estructuralistas (aquellos que se centran en la morfología de los textos). La fuerza motriz del viaje del pícaro es la necesidad de huir de su origen vil. A diferencia del héroe clásico, no hay un destino glorioso ni una misión memorable: Lázaro solo busca salir de la miseria, y su viaje carece de circularidad. El *Lazarillo* se presenta como aprendizaje amar-

go, donde el azar, la precariedad y la ausencia de una misión trascendente sustituyen al designio heroico. Este es un planteamiento interesante porque desplaza la interpretación tradicional del viaje como teleología hacia un fin (la fundación, el regreso, la victoria) y lo reformula como itinerario discontinuo donde, aunque en principio prime el deseo de medrar, la finalidad última puede tener matices muy variados.

La *Segunda parte...*, publicada de forma anónima en Amberes (1555), introduce el elemento fantástico en el género –la metamorfosis de Lázaro en atún– y amplía el horizonte del relato, incorporando características de sátira lucianesca. En ella se reconoce una dinámica circular ausente en el texto fundacional. Juan de Luna publica en 1620 su *Segunda parte del Lazarillo de Tormes* para enmendar los excesos y desmanes de la continuación publicada en Amberes, a la que considera «un sueño necio o una necedad soñada». Su obra tiene una fuerte carga crítica contra la Inquisición y la corte. Se trata de una novela picaresca diferente, ya que el viaje de su protagonista no se caracteriza «tanto por el aprendizaje, la exploración, el contacto con lo desconocido, la voluntad de medro, ni por la presencia de los hitos urbanos, sino por algo tan inevitable al desplazamiento como atenuado en la épica y en las excitantes narrativas de viaje: el cansancio» (71).

El segundo capítulo se centra en *La vida y hechos de Estebanillo González*, cuya novedad reside en la dimensión internacional de los desplazamientos y en la relación estrecha con el trasfondo histórico de la Guerra de los Treinta Años. Se da así un salto de lo local a lo europeo y se percibe la influencia en el texto de la tradición de memorias de soldados. Estebanillo no persigue un ideal moral ni espiritual: su viaje responde al instinto de supervivencia y al deseo de diversión (emborracharse). La narración se presenta como autobiografía, donde el pícaro se erige en una especie de cronista de sucesos europeos, si bien su relato, lejos de ser histórico, sigue siendo una construcción literaria donde se combinan testimonios históricos con imposturas y medias verdades. Sus desplazamientos, que evolucionan de las huidas marginales iniciales hasta una tentativa de inserción en el poder, confirman la condición nómada del pícaro y su imposibilidad de asentarse definitivamente, ya que dicho asentamiento equivaldría a la muerte de la novela. El viaje, por lo tanto, no es solo un recurso narrativo, sino la condición necesaria para que surja el género picaresco.

El tercer capítulo aborda *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, donde Cervantes se sirve del modelo de la novela bizantina para articular una obra a medio camino entre el realismo, la fantasía y la alegoría. Este gé-

nero le permitió a don Miguel tanto la introducción de elementos novedosos como seguir las preceptivas autorizadas del aristotelismo renacentista. Podemos ver en el *Persiles* un ejemplo de la transición entre el Renacimiento y el Barroco, ya que en la obra se mezclan las convenciones del género bizantino y el viaje con «una poética muy barroca, tan caracterizada por la contradicción, la yuxtaposición y la diversidad» (121). El trayecto no es exactamente un viaje circular, ya que los protagonistas van desde el norte de Europa hasta Roma. Pero Arellano-Torres defiende que, en cierta medida, sí hay un retorno desde las tierras ignotas del norte al ámbito mediterráneo, lugares que resultarían mucho más familiares al lector. La narración se configura como peregrinación abierta a lo fantástico, lo amoroso y lo espiritual. Algunos críticos han querido ver en el *Persiles* una alegoría religiosa. No se muestra de acuerdo con esta opinión Arellano-Torres, quien defiende que la novela busca principalmente el entretenimiento. La densidad psicológica de los personajes y la profusión de metanarraciones sirven, además, como vehículo a la reflexión cervantina sobre el arte de narrar.

El último capítulo se dedica a *El Criticón* de Gracián, paradigma de la novela alegórica del Barroco. El viaje se erige en metáfora de la existencia y adquiere aquí un valor pedagógico

y moral: la vida se representa como camino, laberinto y teatro. Explica Arellano-Torres que en esta obra, «la circulación y desplazamiento de los personajes representa el cúmulo de obstáculos, tentaciones y disyuntivas que se presentan en el día a día del hombre. ¿Cuál es el sentido, pues, de la novela? Un mapa para navegar por ellos y alcanzar el destino final, la Inmortalidad» (158). Frente a la degradación moral del pícaro o la aventura bizantina, Gracián propone un itinerario didáctico a través de las tres etapas de la vida (niñez, edad adulta, vejez) y las dificultades a las que el hombre se enfrenta en cada una de ellas, donde el desplazamiento se convierte en metáfora de aprendizaje y virtud. «El lector aprende al mismo ritmo que los personajes, y avanza del mismo modo, ardua, pero provechosamente» (158).

El presente estudio se distingue por su originalidad y equilibrio crítico, por un análisis lúcido y bien documentado. Con un estilo claro y atractivo, combina el rigor académico con un discurso accesible, apoyado en ejemplos precisos, citas pertinentes y una bibliografía actualizada y completa. La aportación principal de Arellano-Torres radica en haber ofrecido una interpretación integradora de tres tradiciones narrativas que, aunque diferentes, comparten en el motivo del viaje una clave interpretativa común para comprender la literatura del Siglo de Oro. Este libro es una aporta-

ción claramente relevante para todos aquellos que nos dedicamos al estudio de la literatura del Siglo de Oro.

Iñaki Pérez Ibáñez
Universidad de Rhode Island,
Kingston (RI). EE.UU.
inaki.perez@uri.edu